

EL AYUNTAMIENTO, EN JAQUE

UN problema que sólo en apariencia puede ser teatral enreda al alcalde, Álvarez del Manzano, en un problema político. Lo que está en juego ahora no es si se cierra o sigue abierto el teatro Alfil. Lo que está en juego es más importante. Es si el PP conserva o pierde su exigua, su estrecha mayoría. Matanzo, que es el desencadenante del problema, está dispuesto a someterse en tanto que Ortiz calla. Por el momento calla. Pero dos concejales problemáticos más algunos conflictos por discrepancias de criterios son demasiado para el body del señor alcalde.

¿Tiene o no tiene el teatro Alfil en orden todos los requisitos legales para funcionar? Se trata de un problema mínimo, de una cuestión de reglamentos que deben y pueden hacerse cumplir sin gastos excesivos como los que enfrentan en un problema realmente artificial a un grupo de actores y a los vecinos de la calle. ¿Cuántos escenarios funcionan ahora en Madrid, disfrutan, según los casos, de suculentas subvenciones o no las tienen por que no son simpáticos a quienes las dan? Si, como hace Matanzo, alguien pretendiera poner esos locales en orden armaría un verdadero conflicto general.

Como todos los concejales no actúan en sus distritos con la energía un tanto inocente y un cuanto personalista y autoritaria de Matanzo, no hay problema. Los locales funcionan, los vecinos no arman la gorda y todo marcha en el desmadre municipal de estos últimos años. El día en que un incendio, un accidente de otra clase, siempre posible en lo que funciona sin atenderse a las disposiciones legales, se produzca durante una función, habrá llegado la hora del crugir de dientes. Entretanto, los concejales se ocupan de lo que se ocupan: las calles están abandonadas, no se ve un guardia donde harían falta diez, las vallas que de-

berían señalar los innumerables agujeros permanentes de aceras y calzadas carecen de iluminación nocturna y los coscorrónes son múltiples y diarios. No tienen luces,

porque al no haber guardias o se las llevarían los aprovechados o las romperían los gamberros que pululan en la más perfecta de las impunidades. Miles de establecimientos incumplen las normas y si mil matanzos se pusieran en marcha, Madrid se sentiría como inmerso en otro diluvio universal, pero no de aguas, por la sequía, sino de desorden, que es otra plaga. ¿A qué se dedican los concejales que dejan que estruendosos males callejeros se eternicen en los distritos que en principio pa-

recen de su competencia?

Para regocijo silencioso de Barranco y secreto de Leguina, el Ayuntamiento parece encontrarse en un impase. No funciona o funciona mal en miles de pequeñeces que son fundamentales. De pronto, una medida, en el fondo razonable, de Matanzo, en la forma, un tanto legionaria, destapa lo tapado y pone en un brete al señor alcalde cuando el país entra en período preelectoral.

Algunos concejales —¿nunca se ha de decir lo que se siente?— aparecen como conflictivos y la calle empieza a alborotar. La cuestión de fondo no es si un local de espectáculos perturba o no perturba la tranquilidad de los vecinos. La cuestión es saber si Madrid, hecho un estercolero, funciona o no funciona. Y si lo segundo, saber por qué. Si por que los concejales andan distraídos, si algunos se pasan o si todos están perdiendo la noción de que desde la oposición les están haciendo zancadillas. Sólo eso debería hacerles despertar, apretar filas y ponerse con empeño a lavarle la cara a la capital. Que lo necesita. Que de veras lo necesita, aunque tampoco quieran verlo desde el gobierno.

Lorenzo LÓPEZ SANCHO

